JUAN GARCIA PORCEL

DE CORAZON A CORAZON

APUNTE DE COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909



DE CORAZÓN A CORAZÓN

DE CORAZÓN Á CORAZÓN

APUNTE DE COMEDIA

en un acto y en prosa

DE

JUAN GARCIA PORCEL

Estrenado en el TEATRO ROMEA el 28 de Octubre de 1908



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.
Teléfono número 551

1909

A mi madre

Aun no estaba escrita esta obra, y ya pensé en dedicártela... Lo primero que brotara de mi pluma había de ser tuyo.

¿De quién mejor?

Acéptala unida con todo el cariño que te profesa

Tu hijo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA (20 años)......................	SRTA. VALDIVIA.
DOÑA MILAGROS (50 íd., madre de Julia)............................	SRA. CORONA.
CLARITA (18 íd., amiga de Julia)......	MONTALT.
LA MARQUESA (55 íd.)..............	EMBID.
MANUEL (28 íd.).....................	SR. PALACIOS.
CORONEL (50 íd., padrino de Mauuel)..	CASTILLA.
EL PADRE ARTURO (60 íd., hermano de Doña Milagros)..................	BROCHADO.

La acción en un pueblecito del Norte.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

En último término la verja de un jardín, que permita ver esté, allá en el fondo, á través de los hierros. Puerta practicable en el centro de esta verja. Por delante y casi adosados á la verja, dos bancos de madera con respaldo, y colocados á ambos lados de la puerta. A la izquierda y en segundo término, escalera de mármol de dos barandas que sirve para ascender al hotel. A la derecha y haciendo ángulo con la verja, una puerta de cristales de varios colores. Un par de mecedoras de verano completan el escaso mobiliario. Son las diez de la mañana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MILAGROS MARQUESA, CLARITA, PADRE ARTURO y el CORONEL sentados indistintamente

MARQ. ¿Y no piensan ustedes salir de aquí en todo el verano?

MIL. Regularmente, no; mi marido anda delicadillo, ¿y dónde encontrar un sitio más saludable y más tranquilo?

MARQ. Verdaderamente que esto es delicioso.

CLA. Es un pueblecito muy mono. En Octubre á Madrid, ¿verdad?

MIL. Sí, á Madrid; ¡qué remedio! Enrique no puede abandonar sus asuntos.

P. ART. En invierno todo el mundo huye de aquí. Unicamente quedamos los pobres; los que no podemos hacer burla del termómetro porque nos falta dinero.

COR. El termómetro es quien se burla de nosotros. En Madrid nos achicharramos, y fuera de él nos freímos; pero somos tan tontos que en saliendo de la corte, ya creemos estar en la Siberia.

MARQ. ¡Qué exagerado es usted, mi Coronel!

COR. Yo no caigo de primo. Igual me da gastarme el retiro aquí que en Pekín; pero aquí me ahogo, y creo que en Pekín me sucedería lo propio... Créame usted, Marquesa, cuando llueve...

MIL. Sí, todos nos mojamos. ¿Entonces por qué viene usted aquí?

COR. ¡Y me lo pregunta usted, doña Milagros!

MARQ. Algún atractivo encontrará.

COR. Ustedes saben que yo no tengo familia; vamos, familia próxima, cercana; y que Manuel es el único ser con quien me ligan vínculos de amistad, tan estrechos y tan sinceros, que voy donde él va, hago lo que él quiere y...

P. ART. Mi sobrino es un excelente muchacho.

MARQ. Estará usted contenta, mi querida Milagros, de haber casado á su hija con Manuel.

MIL. Manuel será bueno; pero mi hija es mejor que Manuel.

COR. No desacredite usted á mi ahijado.

MIL. Le hago justicia... ¡Ah, si Manuel fuese tan bueno como Julia!

P. ART. No exageres, hermana... Manuel es el hombre que, exento de puerilidades y ridiculeces, mira la vida tal como es: sin odios y sin apasionamientos.

MIL. Sustenta unas ideas que aterran.

COR. Es que ha vivido mucho en poco tiempo.

MARQ. ¿Acaso es también de los que santifican el pecado?

MIL. Poco menos, Marquesa, poco menos.

CLA. ¿Y Julia lo consiente? ¡Es increible!

COR. Ojalá, señorita, que usted encontrara un hombre como mi ahijado para ser feliz.

CLA. Pero siendo así...

COR. ¡Siendo así!... Siendo así, la querría á usted con toda el alma; siendo así, estaría usted

exenta de hipocresías y de engaños... No tiene más defecto que el de ser esclavo de la verdad... ¡Ya ve usted qué falta!

MIL. ¡Son sus verdades tan desnudas!

COR. Porque la verdad es así. ¿O es que quiere usted que sea tan acomodaticia para un hombre de conciencia sana, como lo es para la generalidad de las gentes, que la modelan y la doblegan á su antojo?

MARQ. Acaso duda... (Señalando al cielo.)

P. ART. Oh, no; eso no... Me consta que Manuel adora en Dios, como el más fervoroso creyente.

MARQ. Entonces...

COR. Aquí, abajo tiene sus teorías. Modeló su alma en la lucha, tuvo vacilaciones, sufrió desengaños y...

MIL. Y siguió la corriente pecaminosa del siglo.

COR. Al contrario, se apartó de ella. Este siglo camina entre tinieblas y él ansiaba luz.

MARQ. Vamos, sí; será uno de esos avanzados furibundos que reniegan de todo lo existente.

COR. No reniega, se ríe. ¡Buena gana de renegar!

MARQ. Entonces, no comprendo...

COR. Si Manolo la oyese á usted hablar de caridad, de religión, de altruismos, y no viese acompañada la predicación con el ejemplo, con la práctica, tal vez se reiría; si la sorprendiese, en cambio, realizando una buena obra y esquivando las miradas del mundo, quizá que llorara entonces... ¡Ya ve usted la maldad de que le acusan!

P. ART. Acusación injusta. Mi hermana se convencerá.

MIL. ¡Pobre hija mia! Manuel no vive para ella. Pasa los días ante el fárrago enorme de cuartillas que produce su pluma, y si acaso la llama alguna vez, es para viciar su alma, pura como la de un ángel, en la lectura de sus librotes, de sus comedias ó sus artículos.

COR. Ella, en cambio, no lo llama nunca. Pasa las horas en rezos, en misticismos y oraciones, y no se le ocurre llamarlo para que rece con ella.

MIL. Blasfemaría, Coronel...

P. ART. O acaso rezara, ¡quién sabe! En las conciencias sanas y en las almas jóvenes, cualquier semilla germina. Si tu hija le dijera: «reza, queyo lo quiero», rezaría; si tu hija le dijese, «maldice», maldeciría. Quizá no se diese cuenta ni de una ni de otra cosa; pero subyugado por el cariño de ella, el rezo ó la maldición, de mero capricho se convertiría en costumbre; de costumbre pasaría á ser hábito y de aquí se elevaría hasta un culto... Fíjate si no en los niños y verás cómo rezan así: primero por imposición de la madre; después, por costumbre, por hábito y cuando la madre falta, por creencia, por reflexión, por fe pura.

MARQ. Manuel ya no es ningún niño.

P. ART. Pero quiere á mi sobrina. (Avanza Julia por el jardín.)

COR. Aquí viene la linda Julita.

ESCENA II

DICHOS y JULIA por la verja del centro

JUL. (Gritando.) ¡Ya estoy aquí, mamá, ya estoy aquí! ¡Ah, ustedes perdonen! No sabía que estaban aquí.

MARQ. Ven, hija, ven. Dame un beso.

CLA. (Besando á Julia.) ¡Cuántos días sin vernos! Parece que estás más gruesa.

JUL Eso dicen, que estoy mejor.

MIL. Viene de misa. Aun no ha perdido esa piadosa costumbre.

CLA. En el colegio la oíamos todos los días de rodillas: ¿verdad, Julia?

JUL. Sí. ¡Todos los días de rodillas!

MARQ. Y ahora, ¿harás igual?

JUL. (Indecisa.) Sí... es decir...

COR. Dí la verdad.

JUL. No quiere Manuel. Dice que á Dios se le habla con el alma solamente, y que el alma es la que debe humillarse.

CLA. Eso es una irreverencia. ¡No arrodillarse en el templo!

MIL. Tienes razón, hija mía.

JULIA Me arrodillo, sí; cuando los demás lo hacen; no como en el colegio mientras duraba la misa.

MARQ. Tú no debes hacer caso de Manuel.

JULIA ¿No es mi marido?

MARQ. ¡Quién lo duda, mujer!

JULIA Ah, ¿pero no tengo obligación de obedecerle? Entonces, ¿qué derechos tiene Manuel sobre mí?...

P. ART. Los tiene todos.

COR. Y si alguno le falta tonto será en no tomárselo. Con las mujeres todos los derechos son pocos.

MARQ. Demasiados tienen ustedes.

COR. Eso va en opiniones. Yo no me he casado porque siempre me parecieron pocos.

MIL. ¡Qué gracia!

CLA. Pero usted, ¿no se ha casado, Coronel?

COR. No, señorita, ni pienso. No quiero cruces. Las pocas que tengo como militar, no me las puse nunca y sin embargo me costaron otras, que en términos mondos se llaman cicatrices.

MIL. ¿Y qué tienen que ver esas cicatrices con el matrimonio?

COR. Es verdad. Las del Amor, deben ser mucho más hondas y mucho más rebeldes á la cura. Además la Patria, aunque tarde, agradece; las mujeres por desgracia...

MARQ. No blasfeme usted, mi Coronel. ¡A que va usted á resultar con sus filosofías un sabio insoportable!

MIL. Se le habrá pegado de Manuel esa sabiduría.

COR. Manuel no es un sabio, ¡qué más quisiera él! Manuel es un hombre como todos: ¿verdad, Julia?

JULIA Verdad, padrino. Yo creo que Manuel no es tan malo como lo juzgan.

MIL. (Con altanería.) ¡Niña! Nadie ha dicho que tu marido sea malo... lo único que ha dado mo-

tivo á nuestras quejas fué su carácter, su modo de ser.

P. ART. No puede ser más jovial, ni más francote.

COR. Doña Milagros le preferiría hipócrita; ella quisiera que Manolo transigiera con todas esas monstruosidades de que abomina.

JULIA (Con alegría.) Aquí viene Manolo, aquí viene.

MIL. (Levántase en seguida.) Vamos á tomar el té. Marquesa.

MARQ. Sí, vamos, vamos. Anda, Clarita.

JULIA Pero, ¿no aguardamos á que entre?

MIL. (Con sequedad.) No aguardamos. Acompaña á Clarita.

MAN. (Desde el jardín.) ¡Julia! ¡Julia! Espera.

JULIA Pero, mamá...

MIL. Te he dicho que acompañes á Clarita... Coronel, dé usted el brazo á la Marquesa.

COR. A sus órdenes. (Al Padre Arturo.) ¿Usted no sube?

P. ART. Me marcho en seguida. Saludaré á Manuel.

MAN. (Entrando por la verja.) Espera, mujer, espera.

CLA. (Al final de la escalera por donde todos entran al hotel menos el Padre Arturo.) (¿Y para esto se casan las mujeres?)

ESCENA III

El PADRE ARTURO y MANUEL

MAN. (Al pie de la escalera.) ¡Ja, ja, ja!... Huyen de mí. Me temen. ¡Hola, querido tío!

P. ART. Adiós, sobrino. Parece que vienes alegre.

MAN. Hay situaciones en la vida que no ofrecen más que dos caminos: ó llorar ó reir... ¿Quiere usted que llore?

P. ART. Lo que quiero es que salgas de esta situación.

MAN. ¿Acaso yo la he creado? ¿No soy el mismo muchacho francote y loco que era antes de casarme?

P. ART. Precisamente. Pero el matrimonio requiere seriedad, cierta seriedad que tú no tienes.

MAN. Ni la tendré nunca. No puedo fingir; no sé

P. ART. ¡Siquiera por Julia!

MAN. ¿Es que Julia necesita para quererme que yo sea serio?... Tendré que convertirme en uno de esos maridos fantasmas que dominan á sus mujeres por el terror; que las consideran como un ser inferior, casi como una esclava.

P. ART. No; eso no.

MAN. Vamos, no me diga usted eso. Yo conquistaré el cariño de Julia con mi cariño, su amor con mi amor... Ella me obedecerá, sí; pero no dominado por la autoridad bárbara del macho, sino convencida, arrastrada por los consejos, por las reflexiones del compañero.

P. ART. Quizá consigas algo.

MAN. Yo llamaré á su corazón; procuraré llegar hasta su conciencia y si cuando le haya hablado yo con mi corazón no me responde arrojándose en mis brazos... huiré de su lado entonces sin amenazarla ni odiarla; llevándome en el alma una congoja y una alegría: la congoja del amante que no pudo ó no supo conquistar el cariño con cariño; y la alegría del hombre que no recurrió á la bajeza de una amenaza, ni á la rastrería de una mentira.

P. ART. Si tú eres bueno, Manuel... ¡Si no fuera por tus malditas ideas!

MAN. ¡Mis ideas! ¿Acaso las tengo? ¿Acaso no he evolucionado mil veces en la vida, buscando con anhelo una orientación definitiva y fija?

P. ART. Eres incomprensible.

MAN. Mire usted, tío. Yo llegué á Julia sediento de cariño; yo necesitaba un corazón con quien comunicarme. He sufrido y he gozado mucho en pocos años; bueno, pues necesitaba un término medio: ni quería reir siempre, ni quería llorar tampoco. Necesitaba paz, tranquilidad, amor.

P. ART. Eso lo pudiste encontrar en mi sobrina.

MAN. ¡Pobrecita! Julia es una niña aún.

P. ART. Tiene ya veintidós años.

MAN. Eso no es nada. ¿Qué representan veintidós

años para quien vivió la mayor parte encerrada en un colegio donde se adivina mucho, pero no se comprueba nada?

P. ART. Ten en cuenta que ha estado en un colegio de monjas.

MAN. ¿Y usted cree que en esos sitios...?

P. ART. Habla con más respeto, si no me marcho.

MAN. Estamos solos. Ni yo trato de burlarme de esos hábitos que usted tan dignamente viste; ni usted es tampoco uno de esos místicos que quieren canonizarse, amedrentando las conciencias con burdas patrañas y ridículas amenazas.

P. ART. (Con dignidad.) Estás hablando con un sacerdote.

MAN. Por eso hago confesión sincera y franca.

P. ART. ¿Tú has elevado alguna vez el alma hasta Dios?

MAN. No temo nada... Dios sabe que con todos mis vicios y todas mis impiedades, cuando más feliz fuí más pensé en Él... Al contrario de los buenos y de los píos al uso, que no se acuerdan de Dios, más que cuando han de pedirle alguna cosa. «Dame lo que quiero y yo seré bueno.» «Otórgame esta gracia y yo te rezaré.» «Hazme rico y yo invertiré la millonésima parte de mis riquezas, en obras que á mí me den tono y á Tí te glorifiquen...» ¡Comercio infame en que los Padrenuestros son letras que se giran con usura y los golpes de pecho avisos al Altísimo para que no retrase el vencimiento!

P. ART. (Escandalizado.) ¡No sigas, Manuel, no sigas! Ni yo debo escucharte, ni puedo sancionar con mi presencia esas impiedades de que alardeas... ¡Cómo has de conquistar así el cariño de Julia!

MAN. Si yo no quiero imponerle mis teorías. Yo quisiera que ella me hablase de las suyas y si derramaban en mi alma un rayo de luz y de verdad, yo os prometo que las aceptaría y hasta quizá me convertería en un apóstol de ellas.

P. ART. Ya sabes lo que son.

MAN. Jamás las he escuchado de sus labios... y lo que no consiguieron hombres que pasan por santos á los ojos del mundo, tal vez lo lograra ella si me lo dijese con cariño y yo viera en sus ojos llama de amor, en vez de esa tristeza melancólica que prendió en ellos el misticismo oscuro de ese colegio de París, donde se adora á Dios de todos modos menos del más hermoso: contemplándolo en el sol, en la luz, en la alegría de la vida, que es donde se nos muestra más esplendoroso, más grande y más omnipotente, en la suprema omnipotencia de su grandiosa obra.

P. ART. A Dios se le puede adorar en todas partes de todos modos.

MAN. Perfectamente. Pues dejen entonces á cada cual que lo adore á su manera, con tal que esa adoración sea producto de la fe.

P. ART. Siendo ese el fin, todos los medios son buenos.

MAN. Mi mujer cree que eso es una irreverencia.

P. ART. Ya se convencerá. Acepta tú algo de sus teorías y que ella acepte algo también de las tuyas. Entre ambas podéis obtener un buen término medio... y conste que ahora no habla el sacerdote, habla el pariente cariñoso, que ansía vuestra felicidad tal vez más que la suya propia.

MAN. (Abrazando á don Arturo.) Gracias, tío, gracias. (¡Si todos fuesen como éste!)

P. ART. Hazme caso, Manuel, hazme caso.

MAN. Seguiré vuestro consejo; pero es necesario que ella me ayude á coronar la obra.

P. ART. Ella te defiende; mil veces lo hizo la pobre en mi presencia.

MAN. (Con alegría.) ¿Luego usted cree en el triunfo?

P. ART. Si tú sabes dirigir la batalla, lo aseguro. Y ahora, querido sobrino, me marcho. Ya hemos hablado bastante, y mis oídos escucharon quizás más de lo que debieron escuchar; pero ¡bah! Dios es infinitamente bueno y sabe la intención conque lo hice... Sé bueno, hijo mío, sé bueno.

MAN. ¡Aún más de lo que soy!

P. ART. Sí, más; ¡mucho más! La bondad es ilimitada, infinita. El hombre que se juzgue más bueno, aún le quedan mil grados que escalar. Si los de aquí abajo llegáramos al máximum, ¿en qué nos diferenciaríamos entonces de Dios, que es la bondad suprema? ¡Oh, eso no puede ser! ¡De ningún modo! Adiós. (Se va por el jardín.)

ESCENA IV

MANUEL, solo. Se sienta en un banco

¡No, no puede ser! Pero las circunstancias ó el Destino hacen al hombre apartarse más ó menos del camino que conduce á esa bondad... El Bien, ya no es cuestión de práctica, es cuestión de pregón. El que más pulmones tiene para gritar: «¡Yo soy bueno!» aquel es el mejor. Los que sentimos hondo y obramos en silencio somos los peores. (Sacando un periódico.) Dejémonos de filosofías y veamos lo que ocurre por el mundo. (Leyendo.) «Crimen horrible.» «Por cuestión de intereses...» Lo de siempre, la Humanidad despedazándose, mordiéndose. «Muerte sentida.» «El gran patriota y sabio...» Comprendido. La última flor sobre la tumba del hombre á quien ayer deshonraban quizás... «Suicidio.» «Un pobre obrero...» Sí, lo de siempre; el drama horrible encerrado desdeñosamente en un marco de dos líneas. (Sorprendido.) Pero, ¿qué es esto? Aquí copian uno de mis versos. «El Evangelio del Trabajo». Aquellos versos que yo escribí con todos los ardores de mi juventud. (Se oye dentro del hotelito una melodía al piano.) Julia está tecleando en el piano... ¡Siempre con sus melodías bañadas de tristeza! (Recita estos versos leyéndolos.)

«...Y es un momento hermoso aquel que el pueblo [honrado
los falsos pedestales, valiente, tira abajo,

y que un obrero joven, por el sudor bañado,
predica el Evangelio divino del trabajo.»

—

«En vez de lanzas llevan piquetas y martillos,
retumban los barrenos en vez del cañonazo,
las fábricas se elevan donde hubo antes castillos
y se funden los hombres en fraternal abrazo.»

—

«Los falsos misticismos del alma se han borrado;
los ídolos cayeron, y del profundo abismo
resurge la doctrina del Dios-Crucificado,
que dice: «Ama á tu prójimo cual amas á tí mismo».

—

«Ese es el Evangelio, vieja España querida,
que tu caduca historia sin piedad echa abajo;
él es el que derrama la savia de la vida
porque es el Evangelio divino del trabajo.» (Cesa el piano.)

¡El Evangelio del Amor y del Trabajo!... ¡El Evangelio de la Paz y la Concordia!... ¡Qué hermoso día el que triunfe la Verdad! (Queda pensativo sin advertir la presencia de Julia, Clarita y el Coronel, que bajan de la casa.)

ESCENA V

MANUEL, JULIA, CLARITA y el CORONEL

COR. Ahí tenéis á Luzbel fraguando planes infernales.

CLA. (¡No ha querido subir!)

JULIA (Acercándose á él.) ¡Manuel!

MAN. ¡Ah! ¿Sois vosotros? A los pies de usted, Clarita. ¿Y la señora marquesa?

CLA. Arriba ha quedado con doña Milagros. Nosotros íbamos al jardín.

COR. Sí, arriba han quedado lanzando anatemas contra los maridos. ¡Buenos os están ponien-

do! Yo no pertenezco al gremio y me sonrojaba.

MAN. Me defendería mi mujer.

JULIA Yo no hablaba nada.

MAN. Así te ahorrabas de pecar. Mal abogado defensor tengo; ¿verdad, Clarita?

CLA. ¡Es que dicen de usted unas cosas!

COR. Más debían decir; porque, queridísimo, tú no tienes decoro...

MAN. ¿Eh?

COR. No hay que alarmarse... No tienes decoro... ¿Cómo diría yo? decoro... matrimonial; he aquí la frase.

MAN. Pero, ¿por qué dices eso, padrino?

COR. Porque tú debías haber hecho prevalecer tus derechos de esposo ó haber abandonado esta casa con tu mujer.

CLA. ¡Qué medidas más radicales!

COR. Las mejores, señorita. En los cuarteles no se emplean otras, y mire usted qué derechita anda la gente.

MAN. Llevas razón. Soy un imbécil. Doña Milagros no puede transigir conmigo.

JULIA Mi madre...

MAN. Tu madre quiere imponerme sus ideas. Yo no me someto y tú no me defiendes.

JULIA ¿Y qué quieres hacer?

MAN. Muy sencillo. Irme á Madrid ó al extranjero, á donde os libre del tormento de verme y de sufrirme.

JULIA Manuel, ¡por Dios! que está aquí Clara.

MAN. ¿Se priva tu madre de ponerme en ridículo, aunque haya un regimiento delante? Estoy dispuesto á pagarle en la misma moneda.

COR. ¡Gracias á Dios que has tenido un arranque! Me voy tranquilo al jardín. Clarita. (Le da el brazo.)

CLA. Julia, ¿no vienes?

JULIA Sí, ahora, en seguida. (Se van al jardín Clara y el Coronel.)

ESCENA VI

JULIA y MANUEL

MAN. ¿No vas con ellos?
JULIA No; prefiero quedarme aquí; á tu lado.
MAN. ¡¡Gracias á Dios!!
JULIA Manuel, ¿por qué dices eso?
MAN. Oye, Julia... Vamos á ver... ¿Qué concepto tienes formado de mí?
JULIA (Con turbación.) ¿Concepto?... Yo...
MAN. No esperabas la pregunta, ¿verdad? Convengo en que es un tanto brusca. Pero respóndeme.
JULIA Mi madre dice que...
MAN. Que soy un impío, un cualquiera; ya lo sé; pero yo no quiero saber eso. Yo quiero saber tu opinión, ¡la tuya! ¿entiendes?
JULIA Yo no sé... Como todos dicen... ¡Si yo misma me he hecho esa pregunta varias veces!
MAN. Vamos por partes... ¿Tú crees que yo te quiero con toda el alma, ó me crees por el contrario indiferente?
JULIA Yo creo que tú me quieres; y que me quieres mucho.
MAN. Perfectamente. No te equivocas.
JULIA (Con pasión.) ¿De veras, Manuel?
MAN. No acostumbro á mentir. Pero, bueno: tú crees que yo te quiero, ¿no es eso? Bien, pues ahora vamos á otra cosa... ¿Tú crees que yo soy bueno, ó que soy tan malo como dicen?
JULIA Lo que es en eso... (Se detiene.)
MAN. No temas. Dime la verdad. Lo que tú pienses. ¡Si yo no he de ofenderme contigo!
JULIA Pues bueno: en las ideas no estoy contenta contigo.
MAN. ¿Pero tú te has tomado alguna vez la molestia de analizarlas?
JULIA ¿Y yo qué entiendo de eso?
MAN. Luego me acusas sistemáticamente.

JULIA Pero si yo no...

MAN. Sistemáticamente no lo dudes... A tí, ¡pobre niña mía! te han dicho: «Manuel es malo»; «Manuel es un impío»; «Manuel no cree...» y tú, ¡inocente! me miras ya con una prevención que no sale de tí, pero que me va alejando de tu lado á medida que yo quiero aproximarme más y más.

JULIA Si yo en mi interior me rebelo contra todos.

MAN. ¿Ves cómo eres una niña? No tienes valor para negarlo; no tienes confianza para llegar á mí, á tu marido, y decirme: «Manuel, te acusan, te critican en mi presencia... Yo te defiendo, y sufro... Ayúdame... Demuestra que es mentira lo que dicen.»

JULIA ¿Y tú lo hubieras hecho?

MAN. ¡Si tú me lo dices!...

JULIA (Con mucho interés.) ¿Qué? Dí.

MAN. Entonces... ¡sí!... Sí, porque me lo ordenabas tú, mi deber de esposo, mi cariño hacia tí. ¡Pero á los demás...! á los demás, ¿qué obligación tengo yo, ni qué derechos aducen ellos?

JULIA (Con ternura.) Debes sufrir mucho, Manuel; pero yo también sufro.

MAN. ¡Como que no hemos tenido un instante de alegría! Cuando éramos novios siempre hablamos bajo la mirada fiscalizadora de tu madre... siempre en voz alta para no destacarnos de los demás... Ni yo pude decirte una frase de amor que te hablara al alma, ni tú una terneza que me llegara al corazón... Luego nos casamos é idéntica fiscalización...

JULIA Mi madre creyó que tú cambiarías de ideas.

MAN. No; no fué eso... Lo que tu madre quería es que yo me convirtiera en un maniquí suyo; que le tuviera una obediencia ciega; que arrojara todo cuanto de noble y de bueno hay en mi alma, y que me pasara con armas y bagajes á su bando... Y quiso lograr esto, no con la reflexión, no con frases cariñosas y consejos de verdadera madre, sino como todos los de su raza, con el imperio bárbaro

de la autoridad, con el látigo que azota el rostro y hace hervir el coraje por las venas.

JULIA Mi madre no es tan mala.

MAN. Pero recibió la misma educación tuya. Educación conventual, austera y grave, sin un rayo de alegría, ni una hebra de sol... Y, es claro, las almas por jóvenes y briosas que sean, sin luz y sin vida, se van agostando poco á poco, hasta que se resecan por entero y se petrifican.. ¡Las almas, como las plantas, necesitan aire, sol, riego; un riego bienhechor que les haga florecer!... ¡En los terrenos áridos de secano crecen cardos que pinchan; en los jardines de riego nacen flores divinas que perfuman!...

JULIA Según esa opinión, si nosotros tuviésemos una hija...

MAN. De ningún modo. Mi hija se educaría en un colegio, en uno cualquiera, donde aprendiese á rezar, á leer; y cuando fuese mayorcita, contigo, con su madre: ¿qué mejor profesora que una madre?... ¡Los niños deben vivir siempre con sus padres, para aprender á respetarlos y á quererlos!...

JULIA (Con tristeza.) ¡Si me hubieran á mí educado así!

MAN. Te alegrarías ahora, ¿verdad?

JULIA (Acongojada.) ¡Sí! ¿Por qué negarlo?

MAN. (Estrechándola en sus brazos.) Ven hacia mí. Yo te enseñaré á vivir... Yo te haré aun más buena de lo que eres... Serás religiosa, pero no serás fanática... Rezarás elevando á Dios el alma, no moviendo los labios por costumbre.

JULIA (Llorando de alegría y emoción.) ¡Sí! ¡Sí!

MAN. Tú, en cambio, fortalecerás mi espíritu cuando venga rendido del combate... Serás para mí todo dulzura, todo amor, todo poesía.

JULIA Sigue, sigue... ¡Nunca me hablaron así!

MAN. Vamos á comunicarnos de corazón á corazón; vamos á fundir nuestros cariños, nuestras aspiraciones, nuestras alegrías... ¡hasta nuestras creencias las hemos de fundir!

JULIA ¿Lograremos eso también?

MAN. También. Cuando habla un corazón con otro corazón, tales razones se dicen, que acaban por tener un solo culto.

JULIA (Con vehemencia y cariño.) ¡Manuel! ¡mi Manuel!

MAN. Déjame estampar un beso en tu frente... (Se lo da.) El es tu bautismo á una vida nueva; ¡á una vida de amor y de ventura! (El Coronel y Clara sorprenden la escena al final y quedan contemplándola.)

ESCENA VII

DICHOS, CLARITA y el CORONEL, que vuelven del jardín

COR. ¡Bravo! ¡Muy bien! (Julia se separa muy ligera de los brazos de Manuel.)

JULIA No; si yo no... (¡Qué vergüenza!)

MAN. No te sonrojes; no huyas de mí, porque te ven en mis brazos ¿No eres mía? ¿O también es pecado...?

COR. No es más que un poco de frescura.

CLA. (¡Besándose! Ahora voy comprendiendo el matrimonio.)

MAN. Las grandes pecadoras del matrimonio no besan á sus maridos.

COR. ¡Claro está! Como que besan á otros.

JULIA ¡Ay, padrino, si nos llega á ver mi madre!

CLA. O la mía.

COR. Hubieran sentido un poco de envidia; pero no hubiese sido mayor cosa.

CLA. ¡Por Dios, Coronel!

COR. Yo voy á ser el preceptor de ustedes. Hasta aquí las han educado las monjas. Ahora voy á ser yo.

JULIA Vaya un cambio.

COR. No es tan grande como ustedes se figuran. De una señora abadesa á un coronel retirado, no va gran diferencia.

MAN. Pues no les encuentro el parecido.

COR. Es muy sencillo.

CLA. A ver, á ver.

COR. En el despotismo. ¿Habrá alguien más dés-

pota que una mujer cuando se le concede autoridad?

JULIA Usted siempre hablando mal de las mujeres.

COR. Desengáñate, hija mía; yo no puedo hablar bien de ellas... Allá en mis mocedades tuve amoríos; quise de veras; como no se quiere más que una vez en la vida... según frase de los poetas.

CLA. ¿Y por qué no se casó usted entonces?

COR. ¡Hondo problema de Astronomía!... Fué cuestión de una estrella más ó menos.

JULIA ¿En el cielo?

MAN. ¡Qué inocencia!

COR. En la bocamanga de un capitán de lanceros. Yo era teniente por entonces...

CLA. Y llegó el otro que era capitán... y ella.. vamos... que...

COR. Ni una palabra más. Lo ha comprendido usted perfectamente.

CLA. Pues aquello no estuvo bien. No señor.

COR. ¡Dígamelo usted á mí!... Desde entonces, como buen militar, rompí las hostilidades y declaré guerra á muerte á las mujeres.

JULIA Eso no irá conmigo.

COR. Pero va contra tu madre.

MAN. ¡Pero, padrino!...

COR. Sí, hombre, sí. Yo me dije: doña Milagros no puede tragar á estos terribles librepensadores; pues allá que le endoso á mi Manolito; y entablé las negociaciones de vuestro matrimonio.

CLA. ¡Qué mala idea tiene usted!

COR. Pero es con las viejas. A las que no pasan de los treinta las protejo; ¡pero en pasando!... ¿A que no saben ustedes lo que hice yo con un teniente de mi regimiento que solicitó permiso para casarse con una viuda cuarentona y algo fea por añadidura?

JULIA ¿Lo disuadió usted?

COR. Lo mandé fusilar.

CLA ¡Jesús!

MAN. ¡Qué exageración!

COR. Pero luego le perdoné, y hasta alabé su proceder.

JULIA Sería una mujer buena y virtuosa.

COR. ¡Ca! Ríanse ustedes siempre que oigan hablar de la virtud de una viuda cuarentona y reincidente. Esas van ya al altar sabiendo latín.

CLA. Entonces...

COR. La viuda tenía una renta de cuarenta mil reales y el teniente un lío amoroso con una tiple ligera, muy bonita por cierto; la paga de oficial no daba de sí...

JULIA ¡Ah! ¡Ya, ya! ¡Comprendido!

COR. Me capté la amistad de la tiplecita que no llegaba á los treinta, complací al teniente y le gané una batalla á la viuda cuarentona. Tres pájaros de una pedrada.

MAN. Aquí bajan la Marquesa y doña Milagros.

COR. Andad. Daros ahora otro besito como el de antes. Ya vereis lo que es bueno.

MAN. (Aparte á Julia.) No te separes de mi lado. Ten valor.

JULIA (Aparte á Manuel.) Ayúdame. ¡No sé lo que hacer!...

(La Marquesa y doña Milagros bajan la escalera muy despacio y hablando entre ellas de algo, al parecer, muy importante.)

ESCENA VIII

DICHOS, MILAGROS y MARQUESA

MIL. Haremos eso Nos informaremos bien, y si son dignos...

MARQ. Les socorremos; hay que ejercer la hermosa virtud de la Caridad.

COR. (¡Ya vienen con la eterna cantamusa!)

MIL. (Mirando á Manuel.) Ya que hay personas que no practican el bien, debe haber otras que lo prodiguen á manos llenas.

MAN. (A Julia aparte.) (¿Ves Julia? ¿Ves como tu madre...?)

JULIA (A Manuel.) (¡Ten paciencia, Manuel!)

MARQ. ¿Habéis estado en el jardín?

CLA. Sí; hemos paseado un rato.
MIL. ¿Os acompañó Manuel?
MAN. Manuel, no se ha movido de aquí.
COR. ¡Cómo iba á ir Satán, acompañando á dos ángeles, y un... serafín como yo?...
MIL. Habrá preferido quedarse urdiendo algún artículo, de esos que lo van á inmortalizar: «El puñal y la dinamita», ó «El triunfo del petróleo.»
MAN. (Procurando reprimirse.) No había nunca pensado en esos títulos que usted me ofrece... Quizá los emplee algún día.
MARQ (¡Qué cinismo!)
MAN. Ustedes en cambio, habrá estando inquiriendo la vida y milagros de algún necesitado, para socorrerlo después espléndidamente con un bono de cincuenta céntimos.
MARQ. Nosotras querríamos dar más, mucho más. ¡Tiene tan pocos fondos la Conferencia!
MIL. (Algo picada.) Nuestra intención...
COR. Sí, con la intención basta. ¿Pues saben ustedes lo que les digo?.. Que aun no he visto yo á nadie que ponga el cocido con intenciones.
MIL. Un poco de aquí, y otro poco de allá...
COR. Suma sencilla: Siempre serán dos pocos.
MARQ. (Algo descompuesta.) Peor es no dar nada, como ustedes hacen.
MAN. ¡Quién sabe, Marquesa, quién sabe!
MIL. ¡Qué ocultas deben ser tus buenas obras!
MAN. Usted lo ha dicho: Ocultas, por eso son buenas.
JULIA Pero mamá... Siempre estáis igual.
MIL. Tienes razón. Más vale que dejemos alardear de su inagotable caridad á estos filántropos al uso.
MARQ. ¡Ya! Pero cuando llega la ocasión...
MIL. Una cosa es predicar..
COR. Y otra soltar la mosca. ¡Qué bien les cae ese refrán á ustedes!

ESCENA FINAL

DICHOS y PADRE ARTURO por el jardín

P. ART. ¡El señor sea con vosotros!
MAN. ¿Ya está usted de vuelta?
P. ART. Me alegro de encontrar á ustedes reunidos; á usted también, señora Marquesa.
MARQ. ¿Ocurre algo? ¿Qué pasa?
JULIA ¿Qué sucede, tío?
COR. ¿Se le ha fugado la mujer al sacristán?
P. ART. No es caso de chanza... Vengo á pedir á ustedes una limosna.
COR. ¡Si en vez de dinero fueran intenciones!
P. ART. Una pobre familia desahuciada de la miserable casa donde habitan, se encuentra en medio del arroyo, sin pan, y sin abrigo.
JULIA (Conmovida.) ¡Pobre gente!
MIL. (Con imperio.) Niña. A ver si callas.
P. ART. Yo he visto el triste cuadro que ofrecen esos desgraciados, y he pensado con lástima muy honda que sería una iniquidad y una injusticia dejarlos así: sin techo donde guarecerse, ni pan con qué vivir.
MARQ. ¿Y pensó usted en nosotras?
P. ART. Exactamente, señora Marquesa. Ustedes pueden darme esa pequeña cantidad que adeudan, y en su nombre, que ellos bendecirán, llevar pan y alegría, ¡que harto lo necesitan!
MIL. Lo expondremos en la primera junta y...
P. ART. Es mucho más urgente, hermana. Al que tiene hambre no se le puede decir que espere.
MARQ. ¿Y qué cantidad próximamente?
P. ART. ¡Una miseria! Para ustedes que gastan doscientas pesetas en un sombrero, ya ven que no significa nada. Se trata de quince duros.
MARQ. (Casi asombrada.) ¡Qué atrocidad! ¡Setenta y cinco pesetas!
MIL. (Igual.) Nosotras no podamos dar eso. Hay muchos pobres que socorrer. ¡Es una socali-

ña continua! Además, como supondrás, debemos informarnos antes de la conducta de esa gente.

P. ART. ¿No soy yo el que os pide? ¿No soy garantía bastante?

MARQ. Sin embargo, don Arturo, sin embargo. A veces esa gente finge...

COR. Sí; finge por pasar el rato; por distraerse.

P. ART. ¿De modo, que ustedes no acceden?

MIL. Yo por mi parte, no puedo. A no ser que la Marquesa...

MARQ. ¿Cómo había yo de contradecir á usted, doña Milagros?

COR. Una cosa es predicar... ¿Lo ven ustedes?

P. ART. ¡Por Dios se lo pido! ¡Es un cuadro tan triste!...

JULIA ¡Mamá, que eso es una lástima! ¡Si yo pudiera!...

MIL. (Gritando) Te he mandado que calles.

CLA. (¡Sí que es lástima!)

JULIA Si es que yo...

MIL. (Descompuesta.) ¡Silencio!

MAN. (En un arranque sublime.) Dí lo que quieres. Habla. Habla, que te lo mando yo.

MIL. (Con altanería.) ¿Qué significa eso?

MAN. (En tono enérgico.) ¿Va usted á imponerle silencio á un sentimiento noble, y generoso que se desborda del pecho? ¿O le dice usted que calle por temor á que le pida ese puñado miserable de monedas, para socorrer una desgracia. ¡No tenga usted miedo, señora!...

JULIA (Asustada.) ¡Manuel! ¡Manuel!

MAN. Haces bien. ¡Muy bien! Acude á socorrer esa desgracia, mas no intentes penetrar en el secreto de ella.

JULIA (Llorando de emoción.) ¿Ven ustedes como mi Manuel no es malo?... ¿lo ven ustedes? ¿lo ven?

MARQ. (¡Qué sofocación!)

COR. (¡Tomar impiedades!)

P. ART. De modo que tú...

MAN. Sí, vamos, tío, vamos. (Dándole á Julia unos billetes.) Toma, quiero que tú misma entregues ese dinero, que lo reciban de tus manos,

pero que ignoren tu nombre. ¡Así emplea un impío el fruto de su trabajo!

JULIA ¡Oh, qué alegría para esos infelices!

MIL. (Descompuesta.) (Yo me retiro. ¡No quiero oir esto!)

MAN. Sí, también me retiro yo. Voy á escribir uno de esos artículos canallescos que á usted la aterran. ¿No me ofrecía usted antes los títulos?... Pero debo advertir á usted una cosa: Julia y yo, no estamos en esta casa ni un día más.

MIL. (Asombrada.) ¿Qué dices?

MAN. Esta noche, tomamos el tren para Madrid.

MIL. Te irás tú sólo. Ella se queda aquí. (Empieza á subir la escalera.)

MAN. Ya lo oyes, Julia. Me iré solo...

JULIA (Luchando.) ¡Manuel, por Dios! ¡Madre, por Dios!

MIL. ¡Julia! ¡Julia, obedece! (Con mucha energía.)

MAN. Usted le manda con imperio, le amenaza; yo en cambio, le tiendo mis brazos con cariño. Ella decidirá.

JULIA (Después de un supremo instante de vacilación.) Contigo, Manuel, contigo... A tus brazos. (Cae en los brazos de Manuel.)

CLA. (¡Muy bien hecho!)

MIL. (Desde la escalera.) ¡Julia! ¡Julia! ¿Qué has hecho?

MAN. Así, en mis brazos... Unió nuestros destinos un sacerdote al pie del altar, hace ya un año... Eramos el uno del otro... Nos debíamos respetos, fidelidad, ayuda... pero nos debíamos algo más santo, más hermoso; nos debíamos amor, ternura, cariño. Hoy hemos anudado el último lazo; hoy nos hemos unido de alma á alma. ¡Hoy nos hemos entendido de corazón á corazón!

TELON



Precio: UNA peseta